



TIPOS ARTISTICOS, POR REYU.



EL CONEJO.
(Cuadro de Petruski.)

Crónica

El caso es que aun como uno tiene que relatar tantas cosas, no sabe cómo empezar.

La primera que me viene á la imaginación es decir á Vdes que, á pesar de lo dicho, mal-ditas las ganas que tengo de escribir, pero, francamente, eso no me atrevo á decirlo.

Por otra parte, ¡hay tan pocas cosas agradables que comunicar..!

No obstante, hay alguna; vr. gr. esta: cerca de Linares se ha descubierto una mina de oro.

Esta nueva, en anteriores épocas, hubiera producido sensación, pero hoy, ¡que si quieres!

Ayer un señor, comentándola, decía:

—Eso no es nada. Hace años que yo explotó una, y estoy tan fresco.

—¡Una mina!—exclamaron á coro los oyentes—¿Y donde está situada?

—En mi misma casa.

—¡Ja, ja! ¡en su casa! Eso no será mina, sino simplemente alguna pepita.

—Justamente, esa es la mina, ¡Pepita, mi mujer!

—¿Es rica, eh?

—No, pero se dedica á un oficio muy lucrativo.

—Y diga V., ¿da ocupación su mina á muchos mineros?

Los asaltos de los trenes se van repitiendo con harta frecuencia.

Así lo reconocen algunos padres de la patria, que ya llevan en la cabeza, aparte de otras cosas, proyectos luminosos respecto á esta cuestión.

Hay quien desea se dote de una pareja del benemérito cuerpo á cada wagón, á despecho de las parejas de enamorados que en ellos viajan.

Pero esto no sería bien visto en el reservado de señoras, ni en los coches camas.

En los primeros se asustarían las señoritas tímidas al ver aquellos hombres con el arma en la mano y los bigotazos tiesos, y en los segundos, la verdad, interrumpirían el sueño de los que reposaran, no atreviéndose éstos á moverse ni á ninguna otra cosa.

La idea de los timbres eléctricos es más aceptable, aunque está llamada á proporcionar muchas alarmas en falso.

Porque, á lo mejor, una joven estaría distraída y embebida en sus pensamientos.

Un joven, vecino de wagón, se acercaría á ella de pronto.

La chica, impresionada, tocaría el timbre, en el momento que el vecinito oprimiera su talle, pongo por caso.

El encargado del servicio se presentaría á los pocos segundos.

—¿Qué ocurre?—preguntaría, dispuesto á tomar medidas.

El joven que ya las había antes tomado á dicho talle, miraría asustado.

—No es nada,—contestaría ella, ya repuesta y ruborosa:—este caballero se ha aproximado á mi súbitamente; y como me miraba con unos ojos como ascuas, la verdad, creí que iba á pedirme la bolsa ó la vida. Pero... según he visto, no es eso lo que quería pedirme.

Y añadiría *in mentes*:

—¡Diablo de hombre! ¿Por qué no habrá tardado algo más en llegar?

La pulcra *Publicidad*, quejándose de las inmensas alas de los sombreros de las señoras, pide que éstas usen para asistir al teatro capotas bajas, *ó que se descubran*.

¡Ave María Purísima!

Cosas veredes del Cid...

¿Quién había de decirlo, quién había de creer que tal opinión tuviese tan moralista papel?

como dicen, aproximadamente, en *La casa del posibilista*, digo, *del oso*.

Malo está el mundo, malo, malo, malo.

Cuando un periódico tan anti-pornográfico pide semejantes cosas...

Mire V. que desear que las señoras se descubran...

¿Y hasta dónde?

Porque no lo dice.

Pero, por su gusto, tal vez hasta más abajo de la cintura.

Vamos, que si se atendiese su invitación...

Estoy por asegurar que no se atenderá. Me lo da el corazón.

Hay cosas que causan rubor al sexo bello, y esta es una de ellas.

¡Ay, *Publicidad*! como se conoce que V. nunca ha sido señora.

Por eso no comprende el alcance de su petición.

Señor alcalde, señor alcalde, ¿es V. aficionado al juego de pelota?

Nosotros no; al menos no nos gusta que se juegue en la vía pública.

Porque es muy peligroso y porque no lo autorizan las ordenanzas municipales.

A lo mejor pasa uno por la calle y siente un golpe en un pómulo.

—¡Vaya un pedrisco!—exclama,—yo que me he salido sin paraguas.

Pero un segundo golpe en un ojo hace observar de cerca que aquello no son piedras de las nubes, sino pelotas al natural.

¡Y que tienen los niños para su recreo unas pelotas, que ya, ya!

No es de extrañar que hundan el sitio donde caen.

Ni que llegue un día en que estemos tuer-tos todos los vecinos de la población, si Dios y el alcalde no nos asisten y nos ayudan, prohibiendo que los jóvenes callejeros nos metan por los ojos sus pelotas.

CANUTO BLANCO DELGADO.

Palique.

—Conque diga usted, hija mía, en qué la puedo servir.

—Antes le debo decir que doña Elvira es mi tía.

—¿Qué doña Elvira?

—Una dama que usted trató en Carcagente, que canta divinamente y hasta hace muy bien el drama.

—¡Ah, sí! ¡Qué memoria tengo! ¡muy guapa que es doña Elvira!

—Bueno: pues á mí me tira el canto y por eso vengo.

Yo tengo un novio andaluz que es músico de P. y P. y entre mi novio y usted quiero que me den á luz.

—Bien: y usted ¿qué sabe hacer?

—He hecho *Lucifer* y *Nina* y dicen que estoy divina, sobre todo en *Lucifer*.

—Cante usted algo, á ver la voz.

—Do... re... mi... fa... do... re... miii...

—Está bien timbrada—¿Sí?

—¡Y es de un volumen atroz!

Y está usted bien formadita aunque es una criatura...

Y tiene una dentadura y una boca muy bonita...

Pero, aunque no canta mal y es usted encantadora,

no la contrato á usted ahora, porque sobra personal.

—¿No me quiere usted admitir?

—Hoy no: veremos después... porque hoy no puedo.—Eso es que usted lo quiere decir.

—Créame usted, hija mía;

yo paso muchos apuros,

porque me cuesta cien duros diarios la compañía.

—¡Cuánto dinero!—¡Un tesoro!

Pero para demostrar cuanto le quiero agradar, venga usted desde hoy al coro.

La próxima temporada le daré un sueldo decente;

pero ¡ay hija! en la presente no puedo darle á usted nada.

Yo le haré á usted progresar y concluida la función,

tomaremos un simón

y nos vamos á ensayar.

—Paso porque no me den sueldo, y por tomar el coche;

¡mas yo no ensayo de noche si no me lo pagan bien!

GIL.

Un recuerdo

Díreis que parece cuento, y sin embargo, no miento.

Había merendado fuerte y bebido más fuerte todavía, y al regresar del campo, donde quedaban mis amigos familiarizándose con una turca, no sé qué cosa se me ocurrió hacer en una esquina, sobre la cual había una

ventana. Lo cierto es que me entretuve algunos minutos.

Al terminar, mientras abrochaba una de las prendas de mi traje, alcé los ojos que tropezaron, ¡oh, dicha! con los dos ojos negros más hermosos que imaginarse puede.

Pensando en mi anterior operación, sonrojéme algún tanto, y apreté el paso, pero, ¿quién, después de haber visto dos ojos como los dichos, sería capaz de no volver la cabeza?



Sea enhorabuena, Perico.
¡Buena vaina llevas, chico!



—¡Ay!... tengo un diente que se me menea y me
hace sufrir de un modo...
—Pues anda y calla, que á mi también se me me-
nea.... y me aguanto.



¡Mire Vd. lo que le dan
por desayuno al Sultán!
Ayuntamiento de Madrid

Yo, francamente, no.

Volví, pues, á mirar otra vez y observé que aquel rostro sonreía.

—¿Será para mí esa sonrisa?—me pregunté.

Y una voz secreta contestó en mi anterior: «sí».

Yo siempre he dado crédito á estas voces interiores y me ha gustado apropiarme las sonrisas de las chicas guapas.

Así, pues, volví atrás.

Ella, sin abandonar la sonrisita, seguía en la ventana.

La saludé con la cabeza y me contestó.

—Es V. muy bonita—me atreví á aventurar.

—También V. es guapo.

¡Oh! aquella inocencia y aquel candor me secuestraron el alma.

En aquel momento fui feliz, más feliz que las rosas al abrir sus pétalos al suave cefirillo, porque éste es un bribonzuelo que los estropea con sus juegos; aun más feliz que lo había sido momentos antes, al estrechar entre mis mandíbulas una chuleta á la *papillotte*, fruta que á veces se indigesta.

—Hace mucho calor,—exclamé algo confuso, por no saber qué decir.

—Mucho—agregó ella, ensanchando un poco más su escote y dejando entreveer algo seductor.

—Si estuviéramos juntos... la abanicaría.

—Y yo á V. también.

—Pues yo haría más.

—Y yo.

—Y yo más aún.

—¡Diablo! ¡pues no íbamos á hacer pocas cosas!

Yo perdía los estribos, admirando cada vez más el pudor y la inocencia de aquel serafín.

—¿Sería V. capaz de amarme? la pregunté.

—¿Por qué no?—contestó.

Vamos, aquello era para volverse loco. ¡Qué candor, qué pureza!

—Me ahogo; el amor me abrasa—proferí consternado.

—¡Ay! voy á echarle á V. un vaso de agua.

—No, por Dios; no se moleste. Me pondría como chupa de dómine. Si V. quisiera que subiese á beberla...

—Si sube con buen fin...

—Oh, la subida será con un fin superior, y la bajada... ¡oh! ¡ah! ¡no puedo más!

Y ebrio de gozo, salté en dos brinco la escalera, y llegué á la casa de aquella beldad.

Penetré en ella como un torbellino, y, no siendo ya dueño de mí, me arrojé en los eburneos brazos de aquella celestial mujer, que me oprimió en ellos, haciéndome adivinar un número de goces infinito.

La tarde espiraba.

Una densa obscuridad reinaba en el gabinete.

Rosalía se levantó del lecho y arreglóse el destrenzado cabello.

—¿Enciendo?—dijo.

—Sí, quiero luz, mucha luz, para admirar tus encantos.

Llegóse á una consola y encendió la lámpara.

Yo admiré, apasionado, su espléndida hermosura.

—¿Te gusto?, arrulló con zalamería, reclinando en mi hombro su bella cabecita.

—Mucho; te adoro. ¿Y tú, bien mío, me olvidarás?

—¿Olvidarte, cuando llevo la medida de tus dientes en tantos sitios? ¿Vendrás á menudo?

—Todos los días. Tan largo me parecerá el tiempo que no esté á tu lado, que adelantaré el reloj.

Porque yo entonces usaba reloj.

Después... Pero esto no es del caso.

Lo que sí es del caso es que, estando fuertemente abrazados, prodigándonos ternezas al por mayor, dos suaves golpecitos resonaron en la puerta de la estancia.

—¿Se puede?—preguntaron.

—¡Adelante!—contestó Rosalía.

Presentóse un caballero. Yo me levanté confuso y atontado.

—Siéntese V.—me dijo él muy cortesmente.

—Siéntate,—añadió ella,—es mi esposo.

La espada de Bernardo que me hubieran clavado en el corazón, no me hubiera hecho tanto daño como esta frase.

¡Su esposo!

Levantéme instintivamente, dispuesto á retarle al campo del honor...—que debía estar muy lejos de aquella casa.

El buen señor, dirigiéndose á la esposa adulterada ó adúltera, exclamó sosegadamente:

—Rosalía, que no vuelva á ocurrir esto.

—Caballero,—intercedí yo—le explicaré...

—Permitame V., joven—prosiguió en el mismo tono:—le tengo dicho cien veces que no es cosa de recibir visitas en un gabinete tan modesto. ¿Qué dirá V. de nosotros?

—La verdad, no sé que decir. Con su permiso...

—¿Se va V.?

—Sí, señores... tanto gusto...

—Deja V. esto olvidado, joven—continuó el caballero, alargándome un papel.

Y me acompañó hasta la puerta, esperando que lo leyera.

Al hacerlo quedé lívido.

Era la factura.

LEÓN FOGOSO.

Epigramas

Al meter doña Sofía,
su maleta en el cupé,
la dijo el mozo García:
—Deje usted señora mía
que yo se la meteré.

Cierto día fué al mercado
de los huevos Marcelina,
y le preguntó á un *taimado*:
—¿Tiene huevos de gallina?
Mas este que era un *embrolla*

respondió con valentía:
—Para Vd. señora mía
los tengo yo hasta de polla,

A la bella Estér un día
don José Ribero y Pola
quiso meterla una *bola*
con descarada osadía.
Mas como era artista Estér,
viéndole venir, le dijo:
—Aunque te canses, de fijo

no me la podrás meter.

Entró en una huevería
la presumida Pilar,
y se le antojó el tocar
de los huevos que allí había.
Y el huevero absorto al ver
modales para él tan nuevos
le dijo:—¡Pero mujer!
No me toque Vd. los huevos,
que me los vá usted á romper.

MEHISEL.

Chismes y cuentos

¡Publica unos telegramas *El Noticiero*!...
Véase la clase:

«Madrid 6, 10:15 m.

El diestro Lagartijo ha dicho á un redactor
de *El Liberal* que no se cortará este año la
coleta, á pesar de lo que dijo en Aranjuez im-
presionado por la muerte del picador Manuel
Calderón, á quien quería como un hermano
por los muchos años que pertenecía á su cua-
drilla; pero que no tendrá nada de extraño el
que se la corte á fines del verano.»

¿En qué quedamos? ¿Se la corta ó no?

Es preciso que la prensa seria nos lo diga de
una vez.

Porque estas cosas serán de interés para al-
gunos hombres.

¡Pero debe serlo también para algunas mu-
jeres!

✱

¡Como vuelvas á decir
que yo no tengo vergüenza
he de contar lo que hiciste
conmigo la tarde aquella!

—

¡Si está Dios en todas partes
verá unas cosas á veces
que no las vería nadie!

J. M.^a SIERRA.

✱

Ya empezamos como todos los años.
La prensa habla de un caso sospechoso, re-
gistrado en un pueblo de Valencia.
¡Vaya una cosa!

De tantos casos sospechosos tenemos noticia
nosotros...

Pero pornográficos y todo somos más decen-
tes que la prensa seria.

¡Y no los registramos!

✱

Ahí va un saco con tabaco,
regalo de tu Geroma.
Véndete el tabaco Paco,
y si sacas poco, toma
lo que te den por el saco.

✱

Vinieron las trompeteras de Cereceda al El-
dorado y todos dijimos: ¡Brrrr!...

Se marcharon estas, vinieron las *trompete-
ras catalanas*, dirigidas por Perez Cabrero y
entonces dijimos: ¡Ufff!

Y ahora, al ver que vuelven las de Cereceda
al Tívoli, vamos á tener que decir: ¡Puac!
¡Puac! ¡cuántas trompeteras, Dios santo!

✱

Por supuesto que esto, después de todo, es
quejarse de vicio.

¡Lo que se llama quejarse de vicio!

Porque de cuantas trompeteras hemos visto,
las de la banda de Cereceda son las más nume-
rosas.

Y son, por tanto, las que salen más baratas
¡Nueve trompeteras dos reales!
¡Como se abarata el género, morena!

✱

Del folletín de un diario local:
«y empuñando la daga:
—¡Toma, traidor! dijo.
Y metiósela por detrás.»
¡Por menos denuncian!

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.



Ventura.

Trinidad.

ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO
DE

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE EL CHISME

EN LA CORUÑA

D. TOMAS LABANDEIRA

Torre, núm. 23, bajos.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

EL CHISME

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta

Entenza, número 40

UNICO EXPENDEDOR
AL POR MAYOR
DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

— DE —

EL CHISME

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ

Sacramento, número 25

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 13, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id. atrasado. 25